

V. S. NAIPAUL, LA ESCRITURA QUE DILUCIDA EL IMAGINARIO DEL MUNDO COLONIAL

Arnaldo E. Valero
Universidad de Los Andes
arnval@ula.ve

RESUMEN

Leída en el contexto de la producción literaria del Caribe de expresión inglesa, la obra de V. S. Naipaul (Chaguamas, Trinidad & Tobago, 1932) siempre se ha distinguido por ser polémica, brillante, incisiva y, ante todo, de excepcional calidad. V. S. Naipaul es descendiente de aquellos inmigrantes hindúes que llegaron al Caribe en condición de siervos escriturados tras la abolición de la esclavitud. En muchos de sus relatos se ha propuesto retratar la manera como la preservación de la tradición en el seno de las comunidades formadas por los descendientes de hindúes ha degenerado en el cultivo de la ignorancia y la miseria. También ha señalado cuánto hay de alienante en ciertos valores o aspiraciones de quienes luchan y sueñan por algo mejor en sociedades despojadas de su pasado. La presente contribución tendrá como propósito fundamental exponer hasta qué punto su producción literaria ha hecho visible la compleja red de problemáticas políticas, sociales y culturales a las que se han debido enfrentar las comunidades que habitan en el espacio antillano a lo largo de su historia, tanto colonial como republicana.

Palabras clave: Colonialidad, imaginario y literatura

ABSTRACT

Read in the context of the literature of the English speaking Caribbean, V.S. Naipaul's work (b. Chaguamas, Trinidad, 1932) has always distinguished itself by being polemical, brilliant and above all, of exceptional

quality. Naipaul is descended from Hindu immigrants who arrived in the Caribbean as indentured labourers after the abolition of slavery. In much of his narrative, he has attempted to show how the preservation of tradition among Hindu descendants and in their communities has deteriorated into ignorance and poverty. He has also shown that those who pursue certain values and aspirations and who dream about and strive to achieve a better life in communities deprived of their past, can end up being alienated. The main purpose of this paper is to show to what extent Naipaul's literary production has exposed the complexities of political, social and cultural problems faced by communities in the West Indies, both in the colonial period and in the post-Independence era.

Key words: Colonialism, imaginary & literature

RÉSUMÉ

L'oeuvre de V. S. Naipaul (Chaguamas, Trinité-et-Tobago, 1932), lu dans le contexte de la production littéraire du Caraïbe anglophone, s'est toujours distingué par être polémique, brillant, incisif, et surtout de qualité exceptionnel. V. S. Naipaul est issu de ces immigrants hindous qui ont arrivé au Caraïbe comme serviteurs engagés après l'abolition de l'esclavage. Dans beaucoup de ses récits il se propose de peindre comment la préservation de la tradition à l'intérieur des communautés formées par les descendants des hindous, a dégénéré en ignorance et misère. Il a aussi remarqué combien d'aliénation il y a dans certaines valeurs et aspirations de ceux qui luttent et rêvent à une meilleure position dans les sociétés dépourvues de leur passé. Cette article a l'intention fondamentale d'exposer à quel point la production littéraire de Naipaul a fait visible le complexe réseau de problèmes politiques, sociaux et culturels, que les communautés antillaises ont dû affronter pendant son histoire tant coloniale que républicaine.

Mots clés : Colonialité, images culturelles et littérature.

Las imágenes que dieron la vuelta al mundo la mañana del 11 de septiembre de 2001 hicieron que la humanidad toda pudiese ver, en la gris orgía de destrucción habida en el World Trade Center, los niveles homicidas a los que conduce todo sistema de pensamiento fundamentalista. Así pues, en pocos minutos, 2001 dejó de ser un año cualquiera del incipiente siglo XXI para convertirse en la mismísima antesala al Apocalipsis. ¿Cómo no pensar que este hecho resultase decisivo en el fallo que realizara la Academia Sueca un mes más tarde? Obviamente, la atmósfera imperante en aquel entonces hizo que la noticia apenas fuera dada a conocer: el escritor trinitario V. S. Naipaul había sido galardonado con el premio Nobel de Literatura. Algunos llegaron a decir que se trataba de algo predecible: en libros como *Among the Believers* (1981) y *Beyond Belief* (1998) Naipaul había realizado una aproximación al Islam que en cierta medida anunciaba sucesos semejantes a los ocurridos esa aterradora mañana de septiembre. Sin embargo, las cosas no son tan simples, casi la mitad de la vastísima producción de Naipaul está conformada por libros de viajes que el autor ha escrito tras recorrer el Caribe, América Latina, África, el Medio Oriente y la India; en cada uno de esos textos el autor ha tenido la valentía de señalar la reaccionaria carga de populismo y demagogia que tienen ciertas “revoluciones” del Tercer Mundo y los niveles homicidas de intolerancia y atavismo que destilan la (ir)racionalidad de ciertos discursos nacionalistas, especialmente los que han sido concebidos en escenarios marcados por un pasado colonial. En definitiva, más que galardonar la trayectoria de un escritor anti-islámico, en el 2001 la Academia Sueca reconoció la trayectoria de un autor que ha tenido la audacia de mostrarnos el pavoroso paisaje que, como resultado de su paso por el mundo, la humanidad entera ha ofrecido al Ángel de la Historia.

¿Dentro de cuáles coordenadas históricas, sociales, políticas y discursivas podría ser inscrita la producción de V.S. Naipaul? ¿De dónde provienen las inquietudes y principios que nutren sus textos? ¿Cuál es la posición en ellos asumida por el autor con respecto a los temas que aborda? ¿Hasta qué punto este escritor ha concedido a los lectores de su obra la posibilidad de reflexionar en torno a los matices adquiridos por las nociones de historia, raza, cultura, civilización y revolución en

esos territorios de interminable diálogo y conflicto que son los escenarios multiétnicos que conforman el espacio Caribe? ¿Hasta qué punto la lectura y exégesis de su vasta producción literaria es fundamental para comprender lo que tienen de polémicos y problemáticos los imaginarios de la periferia? En cierta medida, el propósito de este artículo es el de tratar de responder estas interrogantes y, probablemente, al intentarlo señalar en qué medida la configuración de la cual ha sido objeto el Caribe es representativa de cierta dinámica en la cual el mundo ha estado inmerso desde 1492 y que, lamentablemente, hizo inevitable el advenimiento de los trágicos hechos que tuvieron lugar el 11 de septiembre de 2001 en distintas ciudades de los Estados Unidos.

Con *Miguel Street* (1959), la primera novela escrita por V. S. Naipaul aunque la tercera en ser publicada, el lector corre con la inmensa fortuna de aproximarse sutilmente a la manera como los habitantes de las grandes barriadas populares antillanas percibían la realidad a mediados del siglo XX. En la descripción de los personajes que componen este singular texto, en la aprehensión que el narrador expresa por muchos de ellos, como Mr. Wordsworth, Popo, el tío Bhacku, Laura o Hat, puede percibirse una candidez que nunca más hallará lugar en la narrativa de Naipaul. La relevancia que adquieren el calipso, el cine y el críquet cuando los habitantes de *Miguel Street* procuran explicar las leyes de la existencia en una isla del Caribe es apenas un indicio de la frescura, gracia y levedad con la que el narrador pudo aproximarse al universo representado. Una vez culminada la narración, es decir, una vez que, movido por el desencanto y el fastidio, el narrador toma la decisión de dar la espalda y abandonar el universo que acaba de representar, manifestando así su negativa a compartir sus valores y forma de vida, emerge una paradoja; ésta radica en que el narrador, cuyo principal atributo o cualidad ha consistido en haber descrito atinadamente cuáles eran los sueños, aspiraciones logros y fracasos de los habitantes de un barrio antillano a mediados del siglo XX, termina aspirando a un modelo cultural y existencial que, en el contexto colonial, se concibe como moralmente superior. Sin embargo, esa actitud con la cual el autor manifiesta su firme propósito de no hacer concesiones a la tendencia a realizar representaciones románticas de la realidad antillana, no puede

romper el hechizo, no puede diluir la vitalidad subyacente a cada acción protagonizada por los habitantes de Miguel Street y, en especial, por la pandilla capitaneada por el sentencioso Hat. Felizmente, el ángulo desde el cual el autor se aproxima a la realidad del emblemático suburbio antillano logra exonerarlo de la retórica y la orientación del discurso “socialmente comprometido”. No es casual que en algún momento, manifestando cierta sorpresa, el mismo narrador llegue a decir: “Uno de los milagros de Miguel Street es que nadie se moría de hambre. Si se hacía cuentas con lápiz y papel resultaba imposible, pero yo vivía allí y puedo asegurarlo. Quizá se pasaba hambre, pero eso nunca se mencionaba” (Naipaul, 1981: 116).

Años más tarde, cuando V. S. Naipaul hacía memoria de sus inicios como novelista, recordará que el elemento clave para la escritura de su primer libro fue la comedia, “el conservante que nosotros en Trinidad siempre habíamos conocido” (Naipaul, 1995: 96). Sin lugar a dudas, el sentido de la comedia al cual apela V. S. Naipaul en sus primeras obras de ficción es el mismo que hizo de los grandes exponentes del calipso tradicional, como Lord Invader, Lord Kitchener o Mighty Sapprow, los verdaderos monarcas de la cultura popular antillana, antes de la irrupción de las grandes estrellas del reggae, obviamente. No en balde, el conjunto de acciones relatadas a lo largo de Miguel Street halla su consumación poética en una docena de calipsos citados por el narrador, seguramente por ser representativos de las verdaderas inquietudes, aspiraciones y preocupaciones de la población trinitaria de la época. Sin lugar a dudas, esta pequeña *opera prima*, ocupa un lugar de excepción en las propuestas narrativas del Caribe de expresión inglesa en virtud del formidable homenaje y reconocimiento que hay en cada una de sus páginas al deseo incontenible de vivir por sobre todas las cosas, tan característico del *ethos* antillano²⁹.

29 Uno de los aspectos de *Miguel Street* digno de un análisis más detallado es establecer cuán representativos son sus personajes de ese tipo de sujeto que la antropología urbana contemporánea ha catalogado como *homo convivalis*. A lo largo de la obra puede verse que la mayoría de los personajes no se conciben a sí mismos como individuos autónomos, generadores de acciones individuales fragmentarias, sino que andan produciendo acciones relacionales y participando en modelos de intercambio ajenos al sistema-mercado. Un buen punto de partida para desarrollar este aspecto de la novela es la lectura del artículo “Superar la exclusión, conquistar la equidad: reformas, políticas y capacidades en el ámbito social” (2.000) de Alejandro Moreno, publicado en *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*.

Por la temática abordada, por la manera como son representadas las situaciones vividas, por los personajes y por la percepción que poseen éstos de su entorno, Miguel Street es la obra en la que V. S. Naipaul exhibe más vínculos con la tradición narrativa que lo precede, particularmente con las incursiones narrativas realizadas por escritores como C. L. R. James, específicamente con relatos como *La Divina Pastora* (1927) y *Triumph* (1929), así como la novela *Mity Alley* (1930). En Miguel Street el lector tiene la posibilidad de encontrarse ante una galería de fracasados que tiene en el poeta. Mr. Wordsworth, su más conmovedora expresión. A partir de este primer libro, Naipaul “escrutará las sociedades a través de los individuos, fundamentalmente a través de los perdedores, de los desarraigados sin futuro” (Bruckner, 1988: 151).

Mas la casa editorial británica con la cual Naipaul firmó contrato quería una novela propiamente dicha para darlo a conocer como una de las nuevas voces literarias del Caribe de expresión inglesa. Es por eso que su primer libro publicado es *The Mystic Masseur* (1957)³⁰. Hay en esta primera novela de Naipaul algo poco frecuente en la narrativa caribeña de aquellos días: el distanciamiento irónico que el autor guarda con respecto al personaje principal del texto y a la sociedad representada. Asistimos entonces a una sucesión de acontecimientos que conceden el beneficio de la distinción histórica no al más inteligente y capaz sino al más afortunado. En *The Mystic Masseur* es puesta en entredicho la capacidad de dirigir de quienes corrieron con la fortuna de tomar las riendas políticas de las naciones antillanas que adquirieron status republicano en la década del '60. El narrador de esta novela ha perdido una pierna a raíz de la mala praxis médica del curandero místico. Sin embargo, la admiración que experimenta por el dirigente espiritual y político que protagoniza los acontecimientos descritos no se desvanece.

30 En ocasiones, la mirada del viajero, del periodista, y del historiador han debido cubrir los compromisos adquiridos ante la exigente política de las editoriales británicas. Resultado de tales circunstancias son libros como *The Lost of El Dorado* (1969), *The Return of Eva Peron with the Killings in Trinidad* (1981), *Among the Believers* (1981) *India. A Million Multinies Now* (1990) y el formidable *A Way in the World* (1994). En estos libros puede apreciarse la enorme variedad de recursos utilizados por este singular escritor caribeño, recursos que, dada la extraordinaria lucidez como han sido articulados, han hecho de V. S. Naipaul una especie historiador o antropólogo de las circunstancias que condicionan el surgimiento, consolidación y desarrollo de ciertos imaginarios en algunos países que han sido colonias de los grandes imperios occidentales.

Es probable que con esta novela el autor aspirara a representar la condición de tantos pueblos que veneran a sus líderes políticos a pesar del daño y los padecimientos sufridos por su incompetencia y deslealtad.

La mayoría de los narradores y muchos de los personajes de las novelas y relatos de V. S. Naipaul no pueden soportar la idea de pertenecer a un grupo y admiten experimentar constantemente la sensación de ser sujetos incompletos. Además, la única verdad que él ve en la Historia es que los habitantes de África, Asia y América dejaron de ser quienes eran cuando fueron penetrados por Occidente; en un lugar como Trinidad, por ejemplo, a los estragos causados por el descubrimiento siguieron doscientos años de despoblación y desertificación. Según se desprende de la lectura de *The Loss of El Dorado* (1969), Trinidad jamás fue colonizada, ni administrada, ni explorada adecuadamente por los españoles. Lamentablemente, la política de explotación colonial implementada por los ingleses en dicha isla a partir de 1787 básicamente empeoró las cosas. Es por esta razón que en reiteradas ocasiones V. S. Naipaul ha definido a los países del Caribe de expresión inglesa como naciones cuyo pasado se caracteriza por una aridez o vacío cultural que las ha predestinado irremediamente al colapso histórico, político y social. Para él de nada valen los argumentos, balances, panoramas o proyecciones que puedan ofrecer estadistas e historiadores al respecto: “las personas que hacen investigación en las bibliotecas universitarias, en las que todo es accesible, ven a veces progresos en donde no los hubo” (Naipaul, 1995: 114). Además, como sostiene el narrador de la novela *A Bend in the River* (1979):

Si bien es cierto que fue Europa la que nos dio (...) una ligera idea de nuestra historia, también fue Europa la que nos introdujo al campo de la mentira. (...) los europeos eran capaces de estar haciendo algo y decir que hacían algo completamente distinto (...) Los europeos, al igual que todos los demás, querían el oro y los esclavos; pero al mismo tiempo querían que se les erigieran estatuas como a personajes generosos que habían dispensado tantos beneficios a

los esclavos. Como era un pueblo de hombres inteligentes y enérgicos, que se hallaban en la cumbre de sus poderes, se sentían libres para exponer las dos caras de su civilización; por lo tanto, consiguieron ambas cosas, los esclavos y las estatuas (Naipaul, 1980: 25).

Por otro lado, la producción de Naipaul está signada por la desazón que causa la imposibilidad de explicar a fondo el misterio de la herencia de los pueblos que conforman el archipiélago antillano, también está marcada por el presentimiento de que en todo intento por remontarnos al origen apenas se podría recuperar un fragmento de nuestra herencia, un fragmento de verdad. En sus propias palabras: “No somos capaces de comprender todos los rasgos que hemos heredado; y a veces somos unos extraños para nosotros mismos” (1995: 15). Obviamente, esta convicción de que el conocimiento nada puede hacer para la superación de los problemas surgidos en los escenarios postcoloniales a raíz de la coexistencia de comunidades con diversa procedencia étnica y distintos horizontes culturales, parece ser uno de los aspectos de su obra que más desalienta y enfurece a sus detractores. Sería prudente considerar hasta qué punto hay en esta perspectiva del escritor trinitobaguense una actitud que guarda distancia absoluta con aquella convicción alejandrina que sostiene que el conocimiento puede solucionar los problemas que la existencia suscita.

Probablemente, una de las tesis más aterradoras que subyace en buena parte de los textos de V. S. Naipaul es aquella que nos obliga a considerar la posibilidad de que “las culturas no dialogan voluntariamente, ni consienten conversar entre sí a menos que la historia las fuerce a ello” (Bruckner, 1988: 149). De allí que en muchas de sus obras sea posible advertir el desasosiego que experimentan narradores y personajes ante las parejas mixtas, es decir, ante las uniones conformadas por personas pertenecientes a distintas razas y culturas. Así pues, a juicio de este autor, en los escenarios sin un auténtico idioma común, como vendrían a ser una buena cantidad de escenarios coloniales y postcoloniales, los sujetos se convierten en su sexualidad; en consecuencia, el otro llega

a ser en la medida que genere deseo. De ahí que en obras como *The Mimic Men* (1967), publicada justo en el momento en buena parte de las naciones del Caribe de expresión inglesa acababan de obtener su independencia y el resto estaba a punto de hacerlo, las parejas mixtas aparezcan rodeadas por una especie de aura negativa que se resume en la siguiente oración: “¡El sombrío romanticismo de un matrimonio mixto!” (Naipaul, 1984: 52). En esta novela, semejante afirmación, con todo lo que tenga de lapidaria y cuestionable, expresa el temor que muchas personas experimentaban ante el futuro de aquellas naciones que habían sido engendradas a partir de imposiciones y coerciones propias de un pasado colonial, particularmente de un proceso histórico iniciado por la Europa imperial moderna y que desde finales del siglo XV impuso en los márgenes de occidente un modelo económico, un modo de explotación de los recursos allí existentes y una jerarquía social basada en la etnoracialidad.

La complejísima composición étnica y racial de ciertas naciones antillanas, como Trinidad y la República Cooperativa de Guyana, en las cuales el hinduismo y el Islam poseen un nivel de participación porcentual poblacional como tal vez no lo haya en ninguna otra nación del mundo occidental, ha hecho de su literatura, en general, y de su novelística y ensayística, en especial, un nutridísimo universo de ideas, propuestas y proyecciones, tanto estéticas como políticas y sociales, donde la polémica siempre ha tenido cabida. En este sentido, la producción literaria, de V. S. Naipaul siempre ha jugado un papel más que significativo. Así pues, a diferencia de otros destacados escritores del Caribe de expresión inglesa que no han dudado en proyectar a esta zona como el escenario de la diversidad por excelencia, como vendría a ser el caso del autor de *Omeros* (1992), Naipaul ha preferido indagar hasta qué punto la heterofobia o la paranoia etnocida son realidades o posibilidades que también tienen o han tenido cabida en los escenarios antillanos y en su imaginario, contradiciendo de este modo aquella máxima latina que, a manera de imposible expectativa, aparece en la novela *A Bend in the River*: “Misceri probat populos et foedera jungi (La mezcla prueba a los pueblos y los ayuda a unirse)”. Como vemos, él no parece comul-

gar con quienes sostienen que los procesos de mestizaje contribuyen a la eliminación de ciertos factores culturales socialmente disociadores como la xenofobia. Para mantener su punto de vista al respecto, señala algunos acontecimientos ocurridos durante el siglo XIX en Sudamérica. En la prologada guerra civil padecida por el pueblo venezolano durante ese siglo, por ejemplo, en la cual se ahondaron las divisiones de raza y de casta, y fueron estimulados los miedos y envidias, V. S. Naipaul ha identificado las consecuencias a las que se expone toda sociedad multiétnica carente de institucionalidad ante la desaparición del férreo y vertical poder externo que las cohesionaba como un todo. A su juicio, en semejantes contextos, “la libertad de un grupo puede significar la esclavitud o la opresión de otro” (1995: 252).

Hasta cierto punto, la tendencia a identificar los valores de la cultura antillana de manera única y exclusiva con las contribuciones realizadas por las comunidades de ascendencia africana ha llegado a propiciar en el Caribe la consolidación de una especie de fundamentalismo étnico, semejante a eso que el autor de *La Musa de la Historia* (1974) ha catalogado como “afroarianismo negro puro” (Walcott, 2000: 77). Obviamente, ante semejante reducción, los intelectuales pertenecientes a esos sectores arbitrariamente catalogados como marginales se verían en la obligación de reformular las bases de tales planteamientos. Probablemente, es eso lo que realiza V. S. Naipaul en novelas como *The Mimic Men*, donde advierte cómo los derroteros de la política republicana pueden ser falsificados al ser concebidos en función de condicionantes raciales. El autor de *The Mimic Men* sabe perfectamente que son las instituciones las que definen el perfil de las sociedades; éstas y sus integrantes deben ser construidos por la política y por la ley. Al parecer, al ofrecer la representación de una sociedad que ha fundamentado su política nacionalista en la apelación étnica, en esta novela implícitamente se está afirmando que los ideólogos o políticos antillanos del momento estaban condenando al fracaso social a las entonces emergentes naciones del archipiélago al no apostar por una orientación cultural y social realmente modernizadora o socialmente progresiva. En contraposición con los planteamientos formulados por ciertos exponentes

de la literatura afroantillana, como el jamaicano Claude McKay, el barbadense Edward Kamau Brathwaite o el guyanés Jan Carew, la tesis implícita en los textos de Naipaul es que la nación imaginada en los proyectos ideológicos que reivindican la raza se caracteriza por circunscribirse a un tipo de relación apoyada en lazos y formas de autoridad que, paradójicamente, no parecen ser propias de la cultura, sino a una especie de filiación por instinto perteneciente, en cierta medida, al orden de lo natural. Probablemente, la cancelación de este modelo supondría la búsqueda de un orden compensatorio, establecido gracias a un tipo de relación afiliativa fundada mediante la obtención de lazos o vínculos transpersonales, racionales, es decir, conscientemente elegidos. Así pues, si en la producción de V. S. Naipaul no conseguimos el optimismo afirmativo que permea, por ejemplo, novelas como *Banana Bottom* (1933) de Claude McKay o *In the Castle of my Skin* (1953) de George Lamming eso podría obedecer a que en las propuestas estéticas de estos escritores afroantillanos no había sido contemplada la incorporación, en términos de igualdad, de sujetos de filiación diversa. Obviamente, Naipaul entraría en ese grupo de excluidos. Hasta cierto punto, el modelo narrativo que desde la década del '30 del siglo XX se había constituido como paradigma por excelencia de la narrativa del Caribe de expresión inglesa, adolecía por no tener entre sus preocupaciones generar un espacio ideológico donde, al mismo tiempo, fueran respetadas la diversidad de culturas y la universalidad de los derechos fundamentales. La posición de Naipaul con respecto a este asunto es planteada explícitamente en la crónica dedicada al "Black Power" en Trinidad:

En un lugar como Trinidad, la redención racial es tan irrelevante para el negro como para cualquier otra persona. Disimula los problemas de un pequeño país independiente de economía desequilibrada, los problemas de una sociedad plenamente "de consumo" que, desde el punto de vista tecnológico, aún está en mantillas y que carece de medios intelectuales para comprender la deficiencia. Perpetúa la política de protesta negativa, colonial. Es, en fin, una profunda

corrupción: un deseo de que te sea concedida la dispensa de los dolores del desarrollo, un convencimiento casi religioso de que la opresión puede convertirse en recurso, la raza en dinero. Mientras perdure el sueño de redención, los negros seguirán existiendo sólo para que alguien se erija en su líder. La redención exige un redentor; y un redentor, en estas circunstancias, no puede sino acabar como el emperador Jones: desdeñando a sus súbditos y, no menos víctima que ellos, buscando una ilusoria emancipación personal. En Trinidad, al igual que en todas las demás islas negras de las Antillas, la sensación de opresión y la teoría del enemigo se despiertan con excesiva facilidad y señalan hacia el desierto de Haití (Naipaul: 1981, 87-88).

La alusión a Haití conduce a una reflexión inevitable: la voluntad del pueblo también es una forma de coerción, especialmente cuando ha sido capitalizada por un líder poseído por el resentimiento más que por aspiraciones socialmente progresivas. En semejantes circunstancias no resulta extraño que entre los ideales y la realidad haya cabida para la deshonestidad y su vastísima escenografía mesianismo, corrupción e intolerancia. Y en ese tipo de contextos suele haber un avasallador despliegue de palabras tomadas en calidad de préstamo que no se corresponden con la realidad social, lo cual es síntoma inequívoco de un disfuncionalismo ético; y éste, a su vez, resulta un claro indicio de la historia de una marginalidad. Mas, a diferencia del discurso garcíamarqueano, donde ese tipo de historia es representada desde lo hiperbólico y lo carnavalesco, eludiendo así lo que tiene de expresionista y dolorosa, en la prosa de V. S. Naipaul la historia de la marginalidad es narrada desde lo paradójico y lo contradictorio, desplegando de este modo la infernal sumatoria de tergiversaciones y distorsiones que se producen cuando ciertas palabras, como “raza, pueblo, patria” y, last but not least, “revolución”, no son más que una excusa para justificar inaceptables atrocidades históricas.

Según Édouard Glissant, destacado y notable ensayista del ámbito

antillano de lengua francesa, uno de los grandes desafíos que debieron asumir las literaturas de las naciones emancipadas durante el siglo XX fue el de abarcar, en un período indudablemente corto, todas las etapas que las literaturas de Occidente han abarcado desde hace más de 2.000 años. En consecuencia, debieron cumplir una doble misión: en primer lugar, dar cabida a los mitos que convocan al pueblo, aquellos en los que éste se reconoce, ésa sería la misión “sacralizadora”; paralelamente, debieron dar muestras madurez, de modernidad, ésa sería la función “desacralizadora” (Glissant, 1981:190-193). La contundente ironía de Naipaul podría ser tomada como una manifestación de esa segunda tendencia puesto que con sus textos asistimos a posibilidades aún remotas en los narradores precedentes; sin lugar a dudas, él ha introducido la negatividad en el horizonte simbólico de la literatura de Caribe de habla inglesa... y, tal vez, de todo el mundo postcolonial.

Sin embargo, como hemos visto, ciertas representaciones de la realidad antillana realizadas por Naipaul parecen trascender inquietudes estéticas para instalarse plenamente en posiciones ideológicas sumamente polémicas. En *The Mimic Men*, por ejemplo, el desarraigo y la inestabilidad del poder son entendidos como consecuencias de la incapacidad, por parte de los líderes de las repúblicas independizadas tras la Segunda Guerra Mundial, de resolver los conflictos propios de los escenarios multiétnicos. En este texto el autor exhibe la (in)competencia o (in)capacidad que distingue a la dirigencia política de una nación isleña a la hora de afrontar y resolver los problemas socio-políticos que surgen una vez obtenida la independencia. La situación resulta particularmente alarmante una vez que se demuestra que la visión del mundo de esos líderes republicanos sólo es capaz de desplegar versiones racializadas del discurso populista.

Ha ocurrido en veinte lugares, veinte países, islas, colonias, territorios: estas palabras con las que jugamos, creyendo que son intercambiables y que el empleo de una determinada altera la verdad. No puedo decir que nuestra situación fuese única. Incluso hoy día los periódicos describen situaciones en las que, cambiando rostros y paisajes, me veo a

mí mismo. Hablan de la velocidad del cambio político de la posguerra. No es la velocidad de la creación. Tampoco es la velocidad de la destrucción, como piensan algunos. Ambas cosas requieren tiempo. La velocidad de los acontecimientos, tal como la veo yo, no es más que la velocidad del caos sobre la que se han impuesto límites estrictos. Hablo, por supuesto de territorios como Isabella, dejados a la deriva y, pese a ello, no totalmente abandonados, donde este caos controlado acaba aproximándose, después de los discursos embriagadores y las deportaciones simbólicas, a un orden continuo. Todo el caos reside dentro. (Naipaul, 1984: 195-196)

Son muchas las obras de Naipaul en las cuales pueden detectarse los indicios de esos factores que originan el caos. Uno de ellos ha dado origen a lo que es una especie de obsesión en la obra de este escritor: la imposibilidad que tienen los sujetos de diversa procedencia étnica de emprender una relación que conduzca a la armonía. La historia contemporánea parece confirmar sus temores. Precisamente uno de los problemas más graves que han debido afrontar las naciones de Europa del Este tras la disolución del bloque soviético es la dificultad o renuencia que han exhibido diversas etnias de aceptar y respetar incondicionalmente los términos de un contrato social. “La Europa del Este es mucho peor que cualquier parte del África. Un país como Hungría tenía un auténtico gobierno comunista; lo han abandonado y ahora están al borde del conflicto étnico. Y nadie dice que ellos sean bárbaros y salvajes” (Naipaul, 1995: 381). Con este lapidario balance, realizado por el antiguo asesor de un gobierno comunista africano, cierra de Naipaul *A way in the World* (1994); confirmando así la vigencia de un problema que tal vez haya tenido en la desafortunada unión entre Dido y Eneas su primera representación simbólica³¹.

³¹ Resultan admirables y comprensibles las connotaciones filosóficas, antropológicas y políticas que adquiere la representación de lo erótico-amoroso en este contexto. De allí que, como señaláramos páginas atrás, en algunos de sus textos V. S. Naipaul haya representado el grave nivel de incomunicación entre las diferencias humanas mediante la figura del matrimonio mixto... Si se piensa bien, es ésa precisamente la problemática a la que se enfrentan la criolla antillana Antoinette Cosway y su joven esposo inglés en *Wide Sargasso Sea* (1966), la formidable obra maestra de la escritora Jean Rhys (Dominica, 1894- Inglaterra, 1979).

Curiosamente, incluso después de haber sido galardonado con el Premio Nobel de Literatura, V. S. Naipaul es un escritor bastante subestimado por cierto sector de la crítica literaria internacional, particularmente la que suele anteponer criterios nacionalistas a premisas estéticas, cuyos miembros suelen argumentar que los textos de V. S. Naipaul presentan cierta óptica neo-colonialista. Mas, de la larga lista de intelectuales que han realizado objeciones al escritor cuya obra nos ocupa habría que destacar, por el elevado nivel de sus argumentos y por la manera como ha fecundado estéticamente el imaginario antillano con las nociones de tolerancia y pluralismo étnico, a Derek Walcott. Según este rapsoda de las Antillas, un violento desprecio hacia su isla natal y una refinada aversión por los negros ha sido el precio que V. S. Naipaul ha pagado para alcanzar la reputación internacional que hoy en día le distingue. Si su actitud hacia los negros, se pregunta Walcott, “si su mezquino desprecio fuese dirigido a los judíos, por ejemplo, ¿cuántos se atreverían a alabar su sinceridad? ¿Cuántos exaltarían esa ‘honestidad’ por la que tanto se le ha elogiado como el único escritor incorruptible del Tercer Mundo?” (2000: 163-164).

Walcott también cuestiona la autocanonización del escritor sumido en un mundo hostil, la constante autoproyección de Naipaul como un hombre que procede de la humillación, de la esclavitud, del desarraigo y que, sin embargo, se sirve de ello para dominar su arte “para pasar de la servidumbre a la certeza”, y así conquistar un lugar en la estima de la metrópoli. Walcott rechaza ese mito por considerarlo una farsa que el mismo Naipaul se ha empeñado en fomentar para figurar como un genio singular que sobrevivió al marchitante calor de los campos de caña. Un mito que, a su juicio, se da el lujo de ocultar lo que su propia isla ofreció al mundo unas generaciones antes, tal vez porque su lucha luciría insignificante al ser vista con relación con el esfuerzo colectivo realizado por escritores como C. L. R. James, Jean Rhys o George Lamming.

Es probable que a Naipaul le haya ocurrido lo que a otros escritores que han hecho del inglés su principal medio de actividad intelectual. A semejanza de Conrad, por ejemplo, al valerse del inglés abrigaba la

esperanza de imprimirle un sonido particular, una perspectiva propia. Meta que sin duda alguna ha alcanzado. Sin embargo, como usuario de una lengua originaria de una nación que siempre estará en deuda con su pasado imperial, el autor de *The Enigma of Arrival* (1987) ha repetido fórmulas colectivas, valores y prejuicios vigorosamente arraigados. En consecuencia, la visión del mundo que posee podría ser tributaria de un conjunto de representaciones del Orden y la Historia cuya argumentación se ampara en el aura de prestigio y autoridad incondicionalmente otorgada durante siglos a la literatura inglesa. Resulta arriesgado, pero aceptable suponer que para V. S. Naipaul la literatura siempre haya sido un espacio ajeno; para ganarse su lugar ha actualizado ciertas fórmulas y perspectivas, bastante parecidas, por cierto a las que hicieron de Conrad un escritor ciertamente polémico y excepcional.

Dada la confusa madeja de circunstancias que envuelve sus orígenes, y a juzgar por el discurso que leyera el 7 de diciembre del 2001 en Estocolmo con motivo de la ceremonia de entrega del premio Nobel, pareciera que V. S. Naipaul ha consagrado su existencia a la escritura motivado por la necesidad de cultivar un tipo de conocimiento basado en el desarrollo de la capacidad de evaluarse a sí mismo. Así pues, el principio de la escritura como eje para la construcción del individuo y su universo privado, en oposición a las nociones de identidad o comunidad tal y como éstas han sido concebidas por las ideologías de izquierda y las tiranías religiosas, parece haber sido el norte de su trayectoria profesional. De ahí que no haya dudado en afirmar que la complejidad racial de su isla natal daba cuenta de una historia que excedía su comprensión cuando era niño y que ha sido a través de la escritura que ha podido aclarar el panorama de sus orígenes: la isla, el Nuevo Mundo, la Colonia, la India, el mundo musulmán, África y, obviamente, Inglaterra.

[H]e tenido que escribir los libros que he escrito porque no había ninguno sobre esos temas que me ofreciera lo que necesitaba. Tenía que aclarar mi mundo; dilucidarlo para mí.

Tuve que acudir al Museo Británico, entre otros lugares,

para captar el auténtico latido de la historia de la colonia. Tuve que viajar a la India, porque nadie me había contado cómo era el país que mis padres se vieron obligados a abandonar. Estaban los escritos de Nehru y de Gandhi, y curiosamente fue este último, con su experiencia surafricana, quien más me dio, pero no bastaban. Estaba Kipling; estaban aquellos escritores indobritánicos como John Masters (con mucha fuerza en la década de 1950, cuando contaba con un proyecto que, me temo, luego abandonó, de treinta y cinco relatos conectados sobre la India británica); y estaba la obra de las novelistas inglesas. Los pocos escritores indios conocidos por entonces pertenecían a la clase media urbana, y nada sabían de la India de nuestros orígenes.

Y cuando satisfacía aquella necesidad india, aparecieron otras: África, Suramérica, el mundo musulmán. El objetivo era siempre llenar mi imagen del mundo, y la pretensión procedía de mi infancia: sentirme mejor dentro de mi propia piel. A veces me han pedido amablemente que escribiera sobre Alemania, por ejemplo, o sobre China, pero sobre esos lugares hay ya muchos libros buenos, y allí no me importa depender de lo que ya existe. Además, esos temas son para otras personas. No se parecen a las zonas sombrías que yo experimenté de niño. Por tanto, así como existe una evolución en mi trabajo en cuanto a sensibilidad y recursos narrativos, existe también una especie de unidad, un enfoque, aunque parezca que me muevo en múltiples direcciones (Naipaul, 2002: 9).

De estas palabras del Nobel trinitario se desprende que en los escenarios marcados por un pasado colonial el acto de la escritura aclara el mundo y lo dilucida para quien escribe, proporcionándole una idea sobre su lugar de origen y su entorno que le permite superar esa sensación de extrañeza que mantiene a distancia al mundo exterior y que puede llegar a convertirlo en un área de oscuridad. Por consiguiente, al concederle la posibilidad de captar el pulso de la historia colonial, al

permitirle dilucidar el mundo para sí y al brindarle la oportunidad de desarrollar una mirada capaz de abarcar a todos los grupos raciales de su isla natal, el acto de la escritura no sólo le ha proporcionado a V. S. Naipaul una idea de lo caribeño sino también de sí mismo.

Con todo, lejos de pretender imponer sus puntos de vista o de proyectarse como ejemplo a seguir, él sostiene que todo escritor con integridad ética no debe apuntar a una gran causa pública: hacerlo supondría caer en la falsedad, contaminarse con el propagandismo, con la prédica panfletaria, es decir, transformarse en un predicador con cierta capacidad técnica para escribir. Así pues, al escribir con el único propósito de tratar de entender a mundo que no sólo lo rodea, sino que lo conforma, y al admitir que ha sido para sí mismo, es decir, para su propio beneficio, que ha consagrado casi toda su existencia a la escritura, V. S. Naipaul ha conseguido guardar distancia con respecto a la pretensión de erigirse como modelo, como monstruo tutelar de otros, tentación tan común como comprensible y contraproducente en los escenarios postcoloniales. Y en esa renuencia a proyectarse como figura emblemática o como portador de valores universales no sólo hay un cierto indicio de respeto al prójimo, a su experiencia y a las máximas o interpretaciones que haya logrado desarrollar a partir de ella, sino una saludable y conveniente distancia con respecto a los múltiples e inquietantes tentáculos del poder, con todo lo que éste ha tenido de omnipresente en la historia de la humanidad.

Mérida, Venezuela, 2006

REFERENCIAS

- Arribas García, Fernando (1995): "Naipaul, V. S." en: *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, Monte Ávila Editores.
- Bruckner, Pascal (1988): "V. S. Naipaul o el cosmopolitismo como detritus". En: *El cruzamiento entre culturas/* Compilador: Tzvetan Todorov.- Madrid, Ediciones Júcar.

- Capriles, Axel (2001): "El ojo clínico de Naipaul". En: *Verbigracia* (Caracas) V (3): 4, 20 de octubre.
- Giménez, Lulú (2001): "Tras el rastro del Caribe". En: *Verbigracia* (Caracas) V (3): 1, 4, 20 de octubre.
- Martínez, Ibsen (2001): "V. S. Naipaul". En: *El Nacional*. Caracas, 3 de noviembre, A-10.
- Moreno, Alejandro (2000): "Superar la exclusión, conquistar la equidad: reformas, políticas y capacidades en el ámbito social". En: *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*. Caracas, Ediciones FACES/UCV, Instituto Internacional de la UNESCO para la Educación Superior en América latina y el Caribe.
- Naipaul, V. S. (1970). *La pérdida de El Dorado*/ Traducción: Julia J. de Natino.- Caracas, Monte Ávila Editores.
- _____ (1980). *Un recodo en el río*/ Traducción: Francisco Gurza Irazoqui.- México, D.F. Lasser Press Mexicana.
- _____ (1981). *Miguel Street*/ Traducción: Francisco Páez de la Cadena.-Madrid, Debate.
- _____ (1983). *El regreso de Eva Perón y otras crónicas*/ Traducción: Jordi Beltrán Ferrer.- Barcelona (España) Seix Barral.
- _____ (1984). *Los simuladores*/ Traducción: Jordi Beltrán Ferrer.- Barcelona (España) Seix Barral.
- _____ (1995). *Un camino en el mundo*/ Traducción: Francisco Páez de la Cadena.-Madrid, Debate.
- _____ (2002). "Dos mundos". En: *Letra Internacional* (Madrid) (74): 4-10, primavera.
- Vivas Pineda, Gerardo (2001): "El injerto trinitario". En: *Verbigracia* (Caracas) V (4): 2, 27 de octubre.
- Walcott, Derek (2000). *La voz del crepúsculo*/ Traducción: Catalina Martínez Muñoz.- Madrid, Alianza.